

Crónica de la siembra jerezana

Filiberto García

Hace una semana me encargaron una crónica de Jerez y, a pesar de que durante algún tiempo viví ahí, ya no tenía frescos algunos recuerdos que consideraba necesarios para hacer el escrito, así que viajé durante una hora y media hasta que llegué al lugar. Busqué un hotel que tuviera estacionamiento y ahí me quedé, me recomendaron el que está a unos cuantos pasos del jardín, del santuario y de la legendaria cantina El Carta Blanca.

Son las ocho de la mañana del mes de abril, el sol ya está esplendoroso y desde el balcón del hotel puedo sentir el ambiente de estas fechas. Los árboles de jacarandas cubriendo con sus flores moradas el piso y la calle reluciente con personas que caminan de un lado para otro, las palomas surcando el cielo y los primeros músicos que ya hacen ronda por las esquinas del jardín arropados por el resonar de las campanas del Santuario. Después de almorzar un plato de menudo en el restaurante del hotel, salgo a la calle, algunas personas conservan la costumbre de saludar a los desconocidos, yo les contesto regresando la sonrisa que amablemente me regalan.

Observo las construcciones de cantera, me detengo a contemplar algunos detalles en las fachadas y en sus puertas de madera. Un hombre de aspecto bonachón está sentado en un banco pequeño; frente a él, está un letrero escrito en una cartulina de color fosforescente que dice: «Guía turístico, se ofrecen recorridos personalizados». Contrato sus servicios. El hombre me cuenta que Jerez antes de su fundación era habitado por chichimecas, guachichiles y zacatecos, tierra de hombres que soñaron bajo las faldas del cerro de los Cardos, rocas y peñascos que los salvaron durante años del poderío de Pedro Carrillo, quien fue uno de los fundadores esta tierra, suelo que nació bajo el sello de la añoranza de la patria grande, de Jerez de la Frontera.

Caminamos por diversos lugares como el mercado Benito Juárez, la Plaza Tacuba, la Casa Museo Ramón López Velarde, el Teatro Hinojosa, la Parroquia, el Santuario y el Panteón de Dolores. En ese lugar observamos verdaderas obras de arte esculpidas en cantera, monumentos al recuerdo, a la melancolía, tumbas que están en constante lucha con el olvido. Cuando salimos del panteón, vi una cruz en la esquina que está al frente. Por hacer conversación, le pregunté señalando la cruz: «sin duda pasó una desgracia». Él me sonrió y agachó la cabeza, durante algunos minutos caminamos con dirección al norte. Retomó la plática de las calles de Jerez y su arquitectura, me habló de la consigna del gobierno de preservar las fachadas clásicas del pueblo y lo complicado que es construir en el centro debido a los múltiples papeleos que hay que hacer. Al pasar por una cantina llamada 30-30 vi otra cruz pequeña junto a la esquina. «Otra desgracia», le dije.

«Mire, joven, uno que ha vivido en esta tierra sabe lo hermosa que es y para ser sinceros, uno filtra todo con el amor que le tiene a su pueblo, por eso nos parece bonito y le encontramos el gusto por todos lados, pero deje le cuento la otra cara de mi suave patria. En esta tierra donde los antiguos tiraron la semilla del durazno, del aguacate y del frijol. Donde los artistas tallaron la cantera con esmero, hasta darle formas exquisitas y donde los poetas anidaron palabras entre líneas curvas. En esta tierra ahora nacieron los abrojos, nuevos sembradores llegaron el 29 de diciembre del año 2007, esa fecha la tengo muy presente, y comenzaron a esparcir varios cuerpos en nuestras calles, las cuales regaron con sangre.

»Luego, como si fuera un mandato divino, mandato inquebrantable, siguieron sembrando cuerpos, algunos en la calle Suave Patria, otros en la Bizarra Capital y en muchas otras avenidas y callejones, como lo ha visto usted. Luego de la siembra fueron naciendo pequeñas cruces en las bastillas de las banquetas o en las uniones de las paredes. Algunas de ellas las adornan con flores de plástico, les prenden veladoras una que otra vez. Los canteros dejaron de labrar fachadas con flores y figuras caprichosas para esculpir cruces y epitafios que intentan mantener en la memoria a quienes murieron muy jóvenes, sin más mérito que atemorizar a sus semejantes.

»De la siembra en las calles de nuestro pueblo crecieron los rumores y la desconfianza; antes las casas del centro dejaban sus puertas abiertas, sí, así como lo escucha, las puertas que dan a los zaguanes estaban siempre abiertas, ahora todos intentan protegerse con rejas y cerraduras reforzadas. De la siembra también nació el silencio. Los niños abandonaron las calles y dejaron de jugar, las risas y los gritos se borraron del paisaje del pueblo. De la siembra apareció mucho dolor y llanto, marchas y gritos que imploraban justicia. El pueblo comenzó a cambiar su fisonomía».

Yo lo miré con algo de tristeza porque su voz en ocasiones se quebraba y sus ojos querían dejar una lágrima que se contenía en sus párpados. «Pero no todo está mal», le dije para consolarlo. Él me contestó que tenía razón. Caminamos unos

cuantos pasos cuando se escuchó un helicóptero, levantamos la cabeza y vimos esa máquina enorme y pesada pasar sobre nosotros. Me dijo que ese era otro de los frutos de la siembra, los sobrevuelos de aeronaves militares que cautivaban en un principio a las personas, pero que después las llenaban de zozobra porque eran un indicio de violencia.

«Por las noches ya no se escucha, a lo lejos, el tamborazo o, en medio del silencio, el canto de los grillos; en cuanto oscurece no se sabe a qué hora sonará la serenata de las balas, ráfagas que asustan a las personas, que hacen que los niños miren con asombro ante el ruido. En ocasiones, los adultos intentan engañar a los chamaquitos diciendo que son cuetes lo que se escucha, pero ellos no son tontos».

Luego de caminar varias cuadras más llegamos al jardín, donde ya estaba un tamborazo y unas mujeres que, según palabras del guía, eran migrantes; bailaban entre ellas, ante la mirada de sus acompañantes que tomaban cerveza sentados en una de las bancas del jardín. Después de que me platicara sobre el Portal Humboldt, de su arquitectura con estilo románico y mozárabe, nos despedimos con un apretón de mano.

Por la noche, el jardín se llenó de música y no podía conciliar el sueño. Bajé del cuarto de mi hotel y caminé entre las personas, los bares estaban a rebozar y varios tamborazos tocaban alrededor del jardín. Los rostros de las personas que caminaban por ahí se veían contentos, de algunas reuniones salían carcajadas. El aroma de las rosas y las gardenias del lugar generaba una atmósfera muy relajante, a pesar de la música que, al igual que un pregonero, intentaba comunicar felicidad. El ambiente que veía era muy distinto al que me contó el guía de turista durante el día. Será que ese hombre exagera, pensé. Las mujeres jerezanas adornaban con sonrisas cualquier espacio por donde caminaba. De pronto la música se fue calmando, varios disparos se escucharon con fuerza, las personas cambiaron su semblante y poco a poco se fueron retirando.

Yo regresé al hotel. El señor que estaba en la recepción me dijo: «Qué bueno que llegó, vamos a cerrar la puerta por seguridad». Yo asentí con la

cabeza y me fui al cuarto sin comentar mucho. Recostado en la cama me puse a pensar en Jerez, y no sé por qué se me vino a la memoria la escena donde Pedro Infante está sentado en las ruinas que dejó el incendio con su hijo muerto entre los brazos, luego fija su atención en los escombros, de ellos sale el recuerdo de su hijo cuando le pegó a la Guayaba y a la Tostada, después el niño jugando con estambre y cuando pintó al perro del Camellito.

Mientras recrea esos momentos, se ríe como si volviera a vivirlos, de pronto observa a su niño muerto, envuelto en una cobija que hace las veces de mortaja fúnebre y comienza a lanzar carcajadas que poco a poco se transforman en gritos de llanto, de dolor, ante la pérdida de su hijo. Ese día así miré a Jerez, a un pueblo que intenta conservar su alegría, pero que, al ver sus muertos, al mirar la siembra, lanza unos gritos de tristeza, gritos que difícilmente se pueden definir y no se sabe a ciencia cierta si el pueblo llora de alegría o de tristeza. Con la piel erizada, me levanté de la cama, tomé la computadora portátil y comencé a escribir hasta que el ruido incansable de las motocicletas no me permitió hilar más ideas.